

OTRO DISEÑO PARA OTRA SOCIEDAD

AUTONOMÍA Y DISEÑO. LA REALIZACIÓN DE LO COMUNAL

ARTURO ESCOBAR

TINTA LIMÓN, BUENOS AIRES, 2017

<https://dx.doi.org/10.12795/astragalo.2018.i25.09>

Este libro del antropólogo colombiano Arturo Escobar –nacido en Manizales, formado en Cali y arraigado académicamente en Chapel Hill, USA– se une a los variados analistas de cierta preponderancia del diseño en la era contemporánea que ha suscitado, por ejemplo en Hal Foster para la escena posmoderna globalizada, una hipótesis acerca del relativamente nuevo auge teórico y decisonal de un diseño que planifica absolutamente el futuro consumístico de toda mercancía, ampliando indefinidamente aquello que pueda resultar atractivo en esa hipertrofia de fruición de inéditas mercancías. Así, Foster habla desde tetas de diseño hasta la previsión del color de los ojos de bebés de probeta. Un especie de mundo orwelliano en que el diseño ayuda al control, la vigilancia y a infinitas maniobras de alienación de *necesidades*, ahora travestidas a *deseos*, y para lo cuál el diseño es central en los

procesos de *estetización* de las cosas del mundo, en las que vale más su apariencia que su esencia o su imagen mas que su materialidad.

Ese mundo se apoya en la neutralización de una inédita explotación y proliferación de enormes regiones y poblaciones devastadas y pobres, que empero se deben fundar y refundar en distintas estrategias de supervivencia. Este nuevo mundo dicotómico entre ultrariqueza dispendiosa que consume diseño y supervivencia cuando más ingeniosa y a menudo trágica, se acopla a nuevas imágenes crítica de *totalización negativa* como pudo advertirse en las nociones de *antropoceno* o la aún mas actual de *capitaloceno*, según la cuál no es el hombre (anthropos) el culpable de una nueva era geológica de rasgos apocalípticos sino en cambio, ese modo de producción salvaje y posthumana cuya expresión final o actual indica la *destrucción espectacular del mundo*

(en las tenazas del calentamiento global y del neoextractivismo intensivo) y la proliferante constitución de una marginalidad o excrecencia a tal fase recargada de capitalismo que es aquella de las escenas de la pobreza generalizada de los territorios y poblaciones del genérico Sur.

El economista británico Jason Moore acuñó el término *capitaloceno* asociado a lo que llamó *Four Cheaps*, las 4 *naturalezas baratas* o cuasi gratuitas de este capitalismo: energía, alimentación, trabajo humano y no-humano no remunerado y materias primas. Esta expresión ha permitido un campo expandido de valor constituido por lo que puede llamarse *plusvalía ecológica* que es el margen de utilidad que la tasa creciente de apropiación de esas naturalezas baratas excede respecto de la tasa declinante de ganancia en lo que Mandel definía para el capitalismo como el balance de explotación del trabajo social y del intercambio de mercancías. Esto hoy puede verse como una nueva y última *revolución ecológica mundial*, siendo tal noción de revolución ecológica aquello que ocurrió otras veces en la historia como modo de resolver las crisis evolutivas del capitalismo, reduciendo la capitalización de la naturaleza (por ejemplo, devastando y extinguiendo lo renovable) mediante la puesta en acción de nuevos medios cuantitativos o cualitativos para apropiarse del trabajo y/o energía biosféricos, por ejemplo mediante el *fracking*, las semillas híbridas o las EPZ (*Export Product Zones*; amable denominación para ocultar la fragancia de la nueva población laboral esclava, que puede que llegue a casi mil millones de personas).

Escobar plantea en su escrito (que es además un minucioso reporte de algunas de sus propias experiencias con comunidades afrocolombianas) básicamente dos hipótesis:

La primera es que la parte sumergida del mundo –ese Sur socio-comunitario que forma parte de las 4 *Cheaps* que fundamentan, con su despojo, la neocapitalización de esta fase final de capitalismo global– tiene que ser entendida desde una perspectiva de *autonomía* (como un en-sí ontológico que debe ser pensado desde sí y no con la mirada pseudo compasiva de las ayudas desarrollistas). Por tanto, no como un territorio social a la espera del derrame benéfico del desarrollo central.

La segunda, propone que para activar tal autonomía y empoderar acciones para una sobrevivencia y, más allá, para una *buena vida*, es preciso utilizar el dispositivo *diseño* para fortalecer tal autonomía empoderante y para acceder a acciones autosustentadas que fortalezcan tal supervivencia (como piso social) y tal buena vida (como techo cultural y político).

La argumentación es por una parte ambiciosa y por otra algo turbadora, de cara al estatuto actual de la arquitectura y el diseño. Ambiciosa porque sostiene la inviabilidad de cualquier clase de integración al episteme capitalista occidental ya que éste, contra las ideas de múltiples reformadores socio-políticos contemporáneos –como Holloway y otros– no da ninguna señal de autorrección redistributiva y en rigor ocurre lo contrario, visto la geométrica progresión de la acumulación diferencial según la cuál menos de 100 personas físicas poseen la mitad de la riqueza dineraria del mundo. Y si no hay un futuro capitalismo social concertado cabrá entonces el reclamo de conseguir el despliegue político-cultural autónomo de los pobres del mundo de cara al mínimo de existencia y al máximo de buena vida. Escobar,

sin embargo, no peca de ingenuidad y otorga un peso significativo a analizar lo que llama *transición* (el libro destina su capítulo 5 a lo que llama *Diseño para las Transiciones*), un especie de *impasse* socio-política en la que cabe entender y usar, aunque sean reformistas, instancias de cooperación y toda la panoplia de ayuda, financiamientos y mecanismos (en general fruto de cierta mala conciencia del progresismo de países centrales) de supuesta mejoras o mitigaciones de la mala vida sureña.

Lo turbador del enfoque es pensar absolutamente *otro diseño* (otra arquitectura, otro urbanismo, otra objetología) para quiénes se interesen en articularse en dicho espacio de autonomía que implica un universo social de necesidades donde nada sobre ni sea dispendioso ni que posea los rasgos del consumismo generalizado en este tercer milenio. Es turbador porque a lo sumo, en esta parte del mundo, los diseñadores son funcionales a un estatus generalizado de progreso consumístico cuyo acceso en estas regiones está restringido a capas sociales calificadas (ese Norte del mundo que se intercala fragmentaria y calificadamente en las sociedades del Sur) y que hace que lo que se diseña sea a lo sumo, pertinente a algunos procesos de transición. Hay que pensar todo de nuevo en esta instancia y allí son interesantes las reflexiones ontológicas y epistemológicas de Escobar, aunque desde luego, es la mirada *outsider* de un analista que no es diseñador. Su profesión originaria fue la de ingeniero químico (la misma dicho sea de paso, de Enrique Leff, uno de los grandes teóricos latinoamericanos del ecologismo social y la crisis de sustentabilidad) y en el desarrollo de su pensamiento recoge expresamente –y

así lo dice en su libro– aportes diversos del ecologismo con Leff, O'Connor o Martínez Alier, del pensamiento de sistemas y sobre todo de su derivación autopoietica en los aportes de los biólogos Maturana y Varela y los ulteriores desarrollos ontologistas de Flores y Winograd, de los aportes de la comunicación popular con Barbero y Pedrosa ya desde Cali que fue su ciudad de formación y juventud; del convivencialismo de Illich y su crítica al saber de las profesiones cultas y a subproductos empíricos de ese saber/poder en energía, medicina, transporte; de diversos pensadores sudamericanos de Abya Yala desde Rivera a Viveiros; de reproponedores del *metier* convencional del diseño desde Mau hasta Brown o Manzini; de pensadores que recentralizan las llamadas minorías como Segato; de críticos del pensamiento social único como Boaventura de Sousa Santos y su *epistemología del Sur*.

El libro es un poderoso aparato de conjugación de estas aportaciones y presenta tanto un mapa o revisión casi cartográfica de posiciones y relaciones de pensamientos vinculados con las culturas del Sur afirmadas en un planteo de autonomía que restrinja o excluya las tentativas integracionistas cuanto una secuencia argumental que ofrece conceptos para redefinir las prácticas: siendo un pensador teórico, Escobar le otorga un protagonismo al mundo de las experiencias empíricas, al universo de los modos de existencia de los pueblos sureños que sufren la tempestad de la falsa democracia digital y el estrago de las 4 Cheaps. En rigor la idea *maximalista* de diseño que campea en estas páginas es un *diseño de modos de existencia* (que incluye las estrategias de supervivencia y de trascendencia).

En la conversación que hace de prólogo a la edición argentina, Escobar se hace cargo de su relativo escaso manejo de la cuestión de las formas de vida urbana ya que acepta (como lo hace el ecologismo de Leff) que su centro de interés radica en analizar comunidades rurales que a veces son además expresiones de culturas vernaculares originarias. Si bien indica que ha trabajado sobre la difícil aculturación urbana de poblaciones migrantes (como las comunidades afrocolombianas originarias de la costa pacífica reinstaladas marginalmente en ciudades como Cali y el valle del Cauca) y que le ha interesado rediscutir el concepto de *barrio* así como analizar procesos de ruralización (como el brasileño Movimiento Sin Tierra) y el despliegue de los incipientemente llamados *rurbanismos*, la trasposición de su enfoque a la *mala vida urbana* latinoamericana organizada en los mendrugos marginales del racionalismo iluminista, resulta un vasto y abierto espacio de pensamiento para pensar allí formas convivenciales emergentes de diseños autónomos, ontológicamente pensados para otras comunales y epistemológicamente organizados en prácticas alternativas del habitar (funciones) y el hábitat (formas).

La exigencia de otro diseño para otra sociedad radica en reconocer los procesos disruptivos, expandidos globalmente y universalizados en la potencia de su afectación social: desde una perspectiva de ontología política –afirma Escobar– se puede argumentar que la globalización ha tenido lugar a expensas de mundos relacionales y no dualistas... a través de la ocupación de los territorios de la gente por el capital y el Estado... Este es

el mundo despiadado del 10%... que es impuesto sobre el 90% y sobre el mundo natural con creciente virulencia, cinismo e ilegalidad (p.144).

Lo que plantea la estrategia de otro diseño es afrontar la situación de lo que se opone a esa escena: *contra ello* –sigue Escobar– *la perseverancia de las comunidades, los comunes y las luchas por su defensa y reconstitución –particular pero no exclusivamente, las que incorporan explícitamente dimensiones etnoterritoriales– implican resistencia y la defensa de territorios que... se puede describir como pluriversal, es decir, como el fomento de la coexistencia de múltiples mundos (p.145).*

Esas confrontaciones entre lo global y lo local se expresa para Escobar en múltiples procesos, algunos defensivos y otros resistentes y a la vez de cierto optimismo creativo aún en la desmesura de lo que se enfrenta, como se manifiesta en la lucha de pueblos de las etnias indígenas *misak* y *nasa* del norte del Cauca que Escobar comenta y describe en otros pasajes.

Para plantear la noción de *diseño ontológico* Escobar recurre a Winograd y Flores cuando enuncian que *la cuestión profunda del diseño se reconoce cuando al diseñar herramientas estamos diseñando formas de ser*. Si como estos autores entienden por *diseño* a *la interacción entre el entendimiento y la creación*, Escobar plantea que tal encuadre es ontológico porque es una *conversación sobre posibilidades*. Y todo ello desemboca en calificar como ontológico al *diseño* manifiesto en el modo amplio en cómo una sociedad engendra invenciones cuya existencia altera dicha sociedad (p. 203). *Diseñamos herramientas y esas herramientas nos diseñan* en la medida que como dice Haraway, *las tecnologías son actores materiales-semióticos que*

contribuyen a dar forma a lo que es ser humano. El diseño diseña, como dirá Anne-Marie Willis.

Para Tony Fry habría una ontología del diseño evolucionando a lo posthumanista, en tanto que *aborda las consecuencias (posthumanas) de vivir bajo la insostenibilidad, estructurada como una condición de la civilización prevalente* (p.214). Ello lleva a confrontar uno de los efectos más graves de la modernidad, que sería la *des-futurización*.

La relevancia adquirida por la brutal degradación ambiental planetaria vía *calentamiento global* (que en USA quiere presentarse neutralmente como *cambio climático*, que satíricamente señala Timothy Morton equivaldría a llamar *cambio cultural* al Renacimiento) y la constitución apocalíptica del antropoceno (que para Bruno Latour indica que ya vivimos dentro del apocalipsis y que éste ya ocurrió y estamos inmersos en ello no siendo ya, algo que vendrá a futuro) impone otro sesgo para la voluntad de configurar teóricamente un diseño autónomo orientado a salvar lo humano y no a intentar otros saltos tecnológicos al vacío, lo cuál explica en Escobar, la tentativa de *pensar la sostenibilidad mediante el diseño*, siguiendo los argumentos de Erhenfeld.

Esa clase de emergente relación entre diseño y defensa de una calidad superviviente del soporte planetario se expresará en enfoques como la ICT (*Iniciativa de Ciudades en Transición*) desarrollado desde la Inglaterra periférica por Rob Hopkins mediante propuestas de decrecimiento energético y enfoque de resiliencia o por el encuadre *Diseño para la transición*, programa de la UCM (University Carnegie Mellon) que pretende conjugar múltiples aportes alternativos, incluyendo varias investigaciones entendibles como

transiciones al postextractivismo, que vistas algunas estrategias políticas recientes (Trump, Bolsonaro, etc.) parece bastante inviable.

Escobar describe el modelo analítico de diseño de la UCM y también las propuestas del diseñador italiano Ezio Manzini, que pasó desde una posición elitista aunque crítica cuando dirigía la *Domus Academy* de diseño de Milán a un enfoque de *omnidiseño – pensar el diseño cuando todos diseñan-* y a operaciones conceptuales de *diseño para la innovación social*.

Aquí cabría preguntarse por la verdadera capacidad autopoiética de las propias comunidades asediadas por las externalidades de la presión productiva-consumística en cuanto a producir su *propia teoría de diseño*, visto que Escobar presenta sus alternativas todas mas bien emergentes de un Norte crítico con lo que se abre otra discusión sobre la autonomía del pensamiento o hasta que punto será inexorable o conveniente que este surja de aprovechar posiciones académicas prestigiosas del Norte, lo que desde luego no debe descalificarse (dada la relevante aportación de críticos como Jameson, Harvey, Said, Boaventura, Mignolo, Bhabha hasta Manzini y el propio Escobar) pero que abre al menos la necesidad de alguna reflexión.

Quizá esa discusión converge con la idea de *autonomía* que presenta Gustavo Esteva, confrontada a las nociones de *ontonomía* (normas endógenas y locales) y *heteronomía* (normas universales, expertas e institucionales): la autonomía sería la capacidad de reelaborar las normas locales junto a un potencial de innovación y eventual transformación de invariantes vernaculares. Un diseño cuya autonomía requiera pues un ensamble justo entre sabiduría local y capacidad crítica y

voraz de articularse con el mundo; un mix de tradicionalismo y progresos; una articulación entre lo originario-rural y las derivas a modos de existir en los colectivos, territorios y artefactos de urbanidad que empero sean sostenibles, empáticos, alternativos.

Por Roberto Fernández.



Meditação. 2013. 16 X 46 m. Perspectiva forçada. Poluição mesclada à base acrílica incolor. Sparkasse building. Frankfurt. Alemanha